



IX

Á la puerta de la cocina, Gonzalo charlaba con Rosa:

— Rosa, ¿no le recomendé que no escribiese á mi hermana Gracia? ¡Qué tozuda es! ¿No tenemos lo suficiente para no molestar con esas peticiones á Oliveira? Gracias á Dios, la Torre da para mantener á una niñita más.

Había muerto Crispula, la viuda, vecina de la Torre, y Gonzalo andaba acomodando á los pobres niños, ya por encargo de él muy aseadamente vestidos de luto. La rapacita (llamábase también Crispula) pasaba á ser ayudanta de Rosa; uno de los muchachos, de doce años, espigado y listucho, lo empleó Gonzalo en la Torre para recados. Al otro, débil y acoquinado, pero con afición á carpintear, ya lo colocó Gonzalo en Lisboa bajo el patrocinio de la tía Louredo. De una de las otras chicuelas se encargó la madre de Manuel Duarte, adorable señora que habitaba una quinta hermosa junto á Teixedo y adoraba



á Gonzalo, de quien se consideraba *vasalla*. Pero para la más pequeñita, Rosa pensaba «que la señora doña María de la Gracia recogería de seguro á la criaturina». Gonzalo replicó secamente: «por un pedazo de pan más no se necesita incomodar á la *cidade de Oliveira*.» Rosa, sin embargo, entusiasmada con su obra, deseando para la pequeñita el agasajo de una señora, escribió á Graciña, por medio de la esmerada letra de Benito, una verbosa carta con la petición y toda la historia lamentable de Crispula. Y era la respuesta de Graciña, enternecida con la recomendación «de mandarle en seguida la pobre niña», lo que molestaba al hidalgo.

Porque desde la tarde abominable del mirador se apoderara de él una repugnancia casi pudorosa en comunicarse con los Cuñaes. Era como si ese mirador y la torpeza abrigada dentro de sus paredes color de rosa apestase el jardín, el palacete, el Paseo del Rey y toda la ciudad de Oliveira, y él ahora, por asco moral, retrocediese ante esa región apestada, donde su corazón y su orgullo se asfixiaban. Al día siguiente de su fuga recibió una carta del buen Barrolo. «¿Qué te pasó? ¿Por qué no esperaste? Supimos de tu partida por casualidad, por un cochero de Macieles.» Gonzalo respondió secamente en una tarjeta: «Negocios.» Después recordó que había dejado en la cómoda el manuscrito de la novela y mandó de madrugada á un mozo de la quinta con un re-

cado casi secreto para el Padre Sueiro, «para que le entregase al portador la carpeta bien envuelta, sin contárselo á los demás». Entre la Torre y los Cuñaes sólo deseaba separación y silencio.

En los días que pasó encerrado en la Torre sin arriesgarse á ir por Villa-Clara ante el terror de que la vergüenza de su nombre anduviese ya cuchicheada por el estanco de Simoes ó por el almacén de Ramos, no cesó de vibrar en él una cólera terrible que á todos abarcaba. Cólera contra la hermana que, pisando pudor, altivez de raza, recelo de los escarnios de Oliveira, tan fácil y desahogadamente como se pisan las flores de una alfombra, corrió al mirador en busca del macho de los bigotazos apenas él le hizo una seña con el pañuelo almizclado. Cólera contra Barrolo, rollizo y coloradote, que empleaba sus días desocupados celebrando á Cavalleiro, arrastrando á Cavalleiro hacia el Paseo del Rey, escogiendo en las bodegas los vinos más delicados para que á Cavalleiro se le calentase la sangre, arreglando las almohadas de todos los canapés para que Cavalleiro saborease su cigarro y la gracia presente de Graciña. En fin, cólera contra sí mismo, que por la baja cubicación de un escaño en San Benito derruyó la única muralla segura entre la hermana y Cavalleiro, que era su enemistad; aquella enemistad desde Coimbra tan reforzada. Los tres eran culpables.

Después, una tarde, fastidiado ya de la sole-

dad, salió á dar un paseo por Villa-Clara, reconociendo que en el casino, en el estanco de Simoes y en la tienda de Ramos, los amores de Graciña eran tan ignorados como si pasasen en las profundidades de Tartaria. Su alma inmediatamente se abandonó á la dulzura de tejer disculpas sutiles para todos los culpables de aquella triste caída. Graciña, sin hijos, con un marido tan animal, ajeno á todos los intereses de la inteligencia, indolente hasta para hacer una costura ó un bordado, cedió; ¿qué mujer no cedería á la crédula y primitiva pasión que le brotaba en el alma y en ella se arraigaba dándole las únicas alegrías del mundo, é influencia todavía más poderosa arrancándole las únicas lágrimas? Barrolo, como el «pilriteiro» de la cantiga, incapaz de más nobles frutos, producía tan sólo los «pilritos» de su bobaliconería. Y él, pobre, ignorado, se rindió irresistiblemente á la ley del acrecentamiento que lo llevara, como á todos lleva, ansioso de fama y de fortuna, á colarse precipitadamente por la puerta casual que se abre, sin reparar en los obstáculos que interceptan los umbrales. Realmente, todos bien poco culpables delante de Dios, que nos creó tan ondulantes, tan frágiles, tan dependientes de fuerzas por nosotros menos gobernadas de lo que lo son el viento ó el sol.

No; irremisiblemente culpable sólo era Andrés. En toda su conducta con Graciña, desde estudiante, mostró siempre un egoísmo atrevido,

sólo punible como punían los antiguos Ramires, con la muerte después de horriblos tormentos. Mientras le agradó, en la ociosidad de los largos estíos, un enamoramiento bucólico bajo los árboles de la Torre, se enamoró. Viendo á Graciña, intentó coger las emociones del sentimiento, sin los cargos de la paternidad. ¡Ah! ¡Cómo trataría el abuelo Tructesindo á villano de tal villanía! De seguro que lo asaba en una hoguera delante de la Torre.

Pues él, nieto de Tructesindo, ni siquiera podía pasar sin quitarse el sombrero cuando encontrase á Cavalleiro en las calles de Oliveira. La menor disminución en esa intimidad tan desastrosamente recomenzada, sería como la revelación de la torpeza. Todo Oliveira cuchichearía, reiría. «Mira al hidalgo de la Torre. Mete á Cavalleiro en los Cuñaes con la hermana, y luego rompe de nuevo con Cavalleiro. Hubo escándalo, y gordo.» ¡Qué delicia para las Louzadas! No, al contrario; ahora debía ostentar con Cavalleiro una fraternidad que tapase enteramente el sucio enredo que por detrás latía.

Los días rodaban y en el espíritu de Gonzalo no se restablecía la serenidad, y sobre todo le amargaba sentir que estaba forzado á esa intimidad inevitable con Cavalleiro, tanto por el cuidado de su nombre como por la conveniencia de su elección. Toda su altivez se revolvía á veces contra aquella idea: «¿Qué me importa la elección?

¿Qué valor tiene un escaño en San Benito?» Pero luego, ante la seca realidad, enmudecía. La elección era la única hendidura por donde él lograría escapar de su agujero rural; y si rompiese con Cavalleiro, Cavalleiro improvisaría otro candidato por Villa-Clara. Desgraciadamente, él era uno de esos seres que *dependen*, y la triste dependencia, ¿de dónde provenía? De la pobreza, de su escasa renta, bastante para un hombre sencillo; pero pobreza para él, con su educación, con sus gustos, con sus deberes de hidalguía, con su espíritu de sociabilidad. . .

Estos pensamientos le empujaron lenta y capciosamente á otro pensamiento, á doña Ana de Lucena y á sus doscientos mil duros. Hasta que una mañana se encaró corajudamente con la posibilidad perturbadora de casarse con doña Ana. ¿Por qué no? Ella le mostraba claramente inclinación, casi consentimiento. ¿Por qué no casarse con doña Ana?

El padre, carnícer; el hermano, asesino; pero también él, entre tantos abuelos, hasta los suevos feroces, encontraría algún abuelo carnícer, y la ocupación de los Ramires á través de los siglos heroicos no consistía realmente más que en asesinar. Por otra parte, el carnícer y el asesino muertos, sombras remotas, pertenecían á una leyenda que se apagaba. Doña Ana, por el casamiento, se elevó del populacho á la burguesía. El no la encontraba en casa de su padre, junto al

bellaco del hermano, sino en la quinta de la *Feitosa*, ricahembra, con administrador, con capellán y con lacayos, como una antigua Ramires. Sinceramente todo titubeo era pueril desde el momento en que esos doscientos mil duros de dinero muy limpio, de buen dinero rural, los traía con su cuerpo mujer tan hermosa y sería. Con ese oro puro y su nombre y su talento, no necesitaría, para dominar en política, del apoyo del falso Cavalleiro. Y después, ¡qué vida tan noble y tan completa! Su vieja Torre restituída al esplendor sobrio de otras eras; una labor lujosa en el histórico terruño de Treixedo; los viajes fecundos á las tierras que educan, y la mujer que traía estos regalos no le amargaba la vida, como en tantos casamientos ricos, con su fealdad. No; después del brillo social del día no le esperaba en la alcoba un mostrenco, sino una Venus.

Movido por estas tentaciones, envió una tarjeta á su prima María á la *Feitosa*, solicitando «encontrarse solos en algún paseo de los alrededores, porque deseaba tener con ella una conversación seria é íntima». Tres inmensos días se arrastraron sin que viniese la ansiada carta de la *Feitosa*. Gonzalo concluyó que la prima María, comprendiendo la naturaleza de la conversación y sin nada que decirle, se retardaba. Atravesó entonces una desolada semana royendo la melancolía de su vida hueca y llena de incertidumbres. El orgullo, un pudor complicado no le con-

sentían volver á Oliveira, al cuarto desde donde implacablemente divisaría sobre el arbolado la cúpula del mirador con su grueso Cupido, y casi se horrorizaba ante la idea de besar á la hermana en la cara que el otro baboseó. Sobre la elección cayó un silencio de cripta, y otra repugnancia más acerba aún le vedaba escribir á Cavalleiro. Juan Gouveia gozaba del veraneo, cogiendo conchas en la playa, y Villa-Clara estaba intolerable en aquel mediado ardiente de Septiembre, con *Titó* en Alemtejo y Manuel Duarte en la quinta de la madre dirigiendo las vendimias, y el casino desierto y adormecido bajo el monótono susurrar de las moscas. . .

Para ocupar dignamente las horas, más que por deber de arte, reanudó su novela. Tructesindo y sus caballeros corrían tras el Bastardo de Bayao. Lance dificultoso que reclamaba un brillantísimo colorido medioeval. Felizmente, el tío Duarte llenó en su poema ese violento hecho de bien pintados paisajes y de interesantes rasgos de guerra.

En la ribera del Coice, Tructesindo encontraba cortado el puente, cuyos rotos barrotes y tablonnes carcomidos obstruían en el fondo la escasa corriente. En su fuga, el Bastardo lo destrozó cautelosamente para contener la cabalgata vengadora. Entonces la pesada hueste de Santa Ireneia avanzó por la orilla, á lo largo de los chopos, buscando el vado del Espigal. Pero ¡qué tardan-

za! Cuando las últimas mulas de carga pisaron la tierra de allende la ribera, ya la tarde iba muriendo y en las pozas de agua el brillo se atenúa, unas aún de oro pálido, otras apenas rosadas. Inmediatamente don García Viegas, el *Sabedor*, aconsejó que la mesnada se dividiese: el peonaje y la carga avanzando hacia Montemayor silenciosamente, para esquivar encuentros; los señores de lanza y los ballesteros, arrancando en dura carrera para coger al Bastardo. Todos loaran el ardid del *Sabedor*; la cabalgata, aligerada de las tardas filas de arqueros y fundibularios, marchó á rienda suelta, á través de las tierras yermas, hasta los *Tres Caminos*, donde se levantaba solitariamente aquel castaño viejísimo que en otro tiempo, antes de ser conjurado por San Froalengo, abrigaba en el sábadó más negro de Enero, á la claridad de noches azufradas, el aquelarre de todas las brujas de Portugal. Junto al castaño, Tructesindo, alzado sobre los estribos, dudaba cuál de las tres sendas tomar. Por allí había pasado el Bastardo malvado. ¡Ah!, ciertamente pasó por allí con toda su maldad, porque junto á una encina, junto á tres cabras flacas que ramoneaban el herbazal, yacía con los brazos abiertos un pobre pastorcito muerto por una flecha clavada en el pecho. Para que el triste cabrero no diera nuevas de la gente de Bayao, una brutal saeta había atravesado el pecho descarnado de hambre y mal cubierto de harapos. Mas

¿por cuál de las sendas se metió el malvado? En la tierra suelta que barría el viento Sudeste, soplando por entre los montes, no aparecía huella alguna, y en aquella soledad no había ni choza de villano desde donde alguien pudiera haber espiado. Entonces, al mando del alférez Alfonso Gómez, tres almogávares marcharon por los *Tres Caminos*, mientras los caballeros, sin desmontar, desatábanse los morriones para limpiar el sudor de las faces barbudas. Tructesindo quedóse bajo el ramaje del castaño de San Froalengo. Inmóvil sobre el caballo inmóvil, y al lado, estirábanse dos mastines con las carlancas erizadas de clavos, las sangrientas lenguas colgando.

Ya en tanto la espera se alargaba, inquieta y enfadosa, cuando el almogávar que se metió por la senda del Saliente reapareció entre la polvareda gritando desde lejos. A la hora escasa de camino había avistado una hueste acampada en sitio seguro, rodeado de estacas y vallado.

— ¡Dios sea loado! — gritó Tructesindo —. Es don Pedro de Castro, el castellano, que entró con los leoneses para socorrer á las señoras infantas.

Por ese camino no se atrevería el Bastardo. Mas ya por la senda del Poniente recogíase otro almogávar, contando que entre cerros, en un pinar, topara á unos cuantos arrieros genoveses retardados desde el alba porque uno de ellos moría de mal de fiebres. No había pasado en todo el día, y los genoveses lo juraban, más que

una compañía de faranduleros volviendo de la feria de Grajelos. Sólo quedaba, pues, el trillo de en medio, pedregoso y entre barrancos, como el lecho enjuto de un torrente; y por él, á un grito de Tructesindo, trotó la cabalgata. Mas ya el crepúsculo tristísimo se extinguía y el camino estirábase agreste, interminable, entre cerros de rocas, sin una cabaña, ni rastro de res ni de hombres. Después llegaron á una campiña árida, cubierta de soledad y penumbra, dilatada en su silencio hasta un cielo remoto donde ya se apagaba una última franja del Poniente, color de cobre y color de sangre. Entonces Tructesindo detuvo á las gentes junto á unos espinos que se retorcián en la sombra.

— ¡Por Dios, señores, que corremos en empresa vana y sin esperanza! ¿Qué pensáis vos, García Viegas?

Todo el bando se apiñó y un vaho cálido subía con los jinetes cansados bajo las coberturas de malla. El *Sabedor* extendió el brazo:

— Señores, el Bastardo metióse por 'el Valle Murtiño para pernoctar en el castillo de Agredel, que está bien fortalecido y es de la parentela de Bayao.

— Entonces, ¿qué hacemos nosotros, don García?

— Nosotros, señores y amigos, pernoctaremos también. Volvamos á los *Tres Caminos*, y desde allí, en buena avenencia, vayamos al cam-

pamento de don Pedro de Castro. Junto á tamaño señor encontraremos más hartamente que en nuestras alforjas lo que todos, cristianos y bestias, vamos necesitando: un poco de vianda, tres tragos de vino y cebada.

A todos pareció bien lo propuesto, y de nuevo por el barranco pedregoso la cabalgata trotó pesadamente hacia *Tres Caminos*, donde ya dos cuervos se encarnizaban sobre el cuerpo del pastorcito muerto. Al poco andar vieron blanquear las tiendas de don Pedro á la claridad de las hogueras que por todo el campo humeaban.

El adalid de Santa Ireneia arrancó á la bocina tres sones lentos, anunciando hijodalgo. Dentro de la estacada, otras bocinas sonaron claras y acogedoras. Entonces el adalid galopó hasta el vallado á anunciar la mesnada amiga de los Ramires.

Tructesindo paróse junto al pinar cerrado y obscuro por donde el viento gemía. Dos caballeros corrieron por la pendiente del otero gritando que don Pedro de Castro esperaba al señor de Santa Ireneia, y mucho se placía en regalarle. Tructesindo desmontó silenciosamente, y con don García Viegas, Leonel de Zamora, Mendo de Briteiros y otros parientes de Solar, todos sin lanza ni broquel, descalzados los guantes, subieron hasta la estacada, cuyas cancelas se abrieran, mostrando á la claridad incierta de las fogaratas sombrías, corrillos de peones donde, por

entre los bacinetes de hierro, surgían tocas amarillas de mancebas y gorros emplumados de juveniles. Apenas el viejo asomó á los barrotos, dos infanzones sacudieron la espada y gritaron:

— ¡Honra, honra á los ricoshombres de Portugal!

Las trombas mezclaban sus clamores vibrantes á los lentos sones de los tambores. Y por entre la turba que calladamente retrocedía en alas lentas, avanzó precedido por cuatro caballeros que llevaban hachas encendidas, el viejo don Pedro de Castro el castellano, el hombre de las largas tierras y de los vastos señoríos.

— Vive Dios — exclamó don Pedro —, que la noche que os trae, primo y amigo, es grande. Que no esperaba yo tanta honra, ni siquiera tanto gusto.

Al rematar este duro capítulo, después de tres meses de trabajo, Gonzalo arrojó la pluma con un suspiro de cansancio. Ya le entraba la hartura de esa interminable novela. Esos Tructesindos, esos Bastardos, esos Castros, esos *Sabedores*, ¿eran realmente varones alfonsinos de sólida substancia histórica? Tal vez fueran unos huecos títeres mal engarzados en armaduras de hierro, poblando inverídicos campamentos y castillos, sin un gesto ó decir que datase de las viejas edades.

Al otro día no reunió en todo su sér coraje para réanudar aquella correría de los de Santa Ireneia sobre el de Bayao. Por otra parte, ya

había remitido tres capítulos de la novela y calmado las ansias de Castañeiro. Pero la ociosidad le pesó horrorosamente arrastrada por las butacas, por el jardín, fumando y sintiendo tristemente que la vida le huía en humo. Tenía que pagar, además, una deuda de seiscientas pesetas del último año de Coimbra, siempre renovada y aumentada, y que ahora el prestamista, un cierto Leite de Oliveira, exigía con violencia. Su sastre de Lisboa también le importunaba con una cuenta pavorosa. Pero, sobre todo, le desolaba la soledad de la Torre. Todos los amigos, junto al mar ó en las quintas. La elección se encallaba como una barca en el lodo. La hermana con el *otro*, en el mirador; hasta la prima María, desatendiendo ingratamente su tímida petición de un encuentro, y él en su caluroso caserón, sin energías, inmovilizado en una inercia creciente, como si cuerdas lo trabasen, y de hombre que era se convirtiese en fardo.

Una tarde, en su cuarto, acababa de vestirse para montar á caballo, cuando el pequeño de Crispula llamó á la puerta. Una señora preguntaba por el hidalgo.

— ¿No ha dicho el nombre?

— No, señor; es una señora delgada.

¡La prima María!

— Prima María, ¡qué sorpresa, qué felicidad!

Apoyada en la portezuela del carruaje (el carruaje azul de la *Feitosa*), doña María Mendoza

disculpó atropelladamente y riendo su silencio. Había recibido la carta del primo con mucho retraso. Aquel cartero era fatal.

Después estuvieron unos días en Oliveira, preparando la casa en que vivía Anita por el invierno.

Y, finalmente, como debía una visita en Villa-Clara á la pobre Venancia Ríos, que estuvo enferma, encontró más sencillo parar en la Torre.

— Bueno, ¿qué es lo que pasa?

— Nada grave. Pero, ¿por qué no entra?

Abrió la portezuela. Ella prefería pasear por la carretera.

— Pues, prima, yo deseaba hablarte de un asunto difícil. Tal vez lo mejor sea atacar la cuestión brutalmente.

— Ataque.

— Entonces allá va. ¿La prima cree que pierdo el tiempo dedicándome á enamorar á su amiga doña Ana?

— No; yo creo que el primo no pierde el tiempo.

— ¿De veras?

— ¿Qué quiere que le diga? Ya en Oliveira le declaré que soy muy joven para andar con recaditos sentimentales. Pero encuentro que Anita es muy mona y rica viuda.

— ¡Bonita, rica y viuda! Para conocer esos grandes secretos no la incomodaba yo, prima. ¡Qué diablo! Sea franca. La prima seguramente

sabe algo. Sea franca: ¿siente por mí alguna simpatía?

Doña María se paró y murmuró escarbando con la punta de la sombrilla la hierba amarillenta:

— Pues claro que siente.

— De modo que si pasados estos primeros meses de luto yo me declarase. . .

— ¡Santo Dios! ¿Se trata de una pasión?

Gonzalo se quitó su viejo sombrero de paja para pasar lentamente los dedos por los cabellos, y díjole en un inmenso y triste desahogo:

— Mire, prima; sobre todo se trata de la necesidad de acomodarme en la vida. ¿No le parece?

— Tanto me parece que yo misma se lo indiqué. Y ahora, adiós, que son más de las cinco y no quiero entretenerme.

Gonzalo protestó y suplicó:

— Un poquito más, es muy temprano. Sólo otra pregunta: ¿Es buena muchacha de verdad?

— Un poquito de genio para animar la existencia, pero muy buena muchacha. Es una dueña de casa admirable. El primo no sabe cómo anda la *Feitosa*; el orden, el aseo, la regularidad y la disciplina que hay allí, son de primera. Ella mira por todo, hasta por la bodega, hasta por la cochera.

— Pues si de aquí á un año realizo mi idea, he de gritar por todas partes que fué la prima María quien salvó la casa de Ramires.

— Por eso trabajo yo, para servir al blasón y al nombre. . .

El lacayo subió al pescante, y mientras los caballos trotaban corcoveando, doña María gritó:

— ¿Sabe á quién encontré en Villa-Clara? Á *Titó*.

— ¿Á *Titó*?

— Llegó de Alemtejo y viene á comer con usted. Yo no le traje en el carruaje por el qué dirán.

El carruaje rodó entre risas y dulces despedidas.

Gonzalo marchó al encuentro de *Titó*, y ya le alborozaba la idea de sacarle á *Titó*, íntimo de la *Feitosa*, informes acerca de doña Ana, su genio y sus modos. La prima María, por amor de los Ramires, y sobre todo, interesada en provecho de los Mendozas, idealizaba á la novia. Pero *Titó*, el hombre más verídico del reino, amante de la verdad con la antigua devoción de Epaminondas, presentaría á doña Ana tal como era. ¡Ah! Bajo su vozarrón y su presencia bovina, poseía un espíritu muy atento y muy penetrante.

En la Portella se encontraron los dos amigos, y á pesar de que la separación había sido corta, el abrazo fué efusivo.

— ¡Gonzalón! . . .

— ¡Titosiño querido! Me has hecho una falta enorme. ¿Y tu hermano?

— Mi hermano, mejor. Muchas horas de oficina y mucha mujer para un viejo de sesenta

años. Yo ya se lo avisé: «Juan, mira que entre los papeles viejos y las mujeres nuevas, revientas.» ¿Y por acá esa elección?

— La elección será ahora, en los comienzos de Octubre. Yo, malucho, sin vena y hasta sin apetito. Gouveia en la costa, Manuel Duarte en la vendimia. . .

— Vengo á comer contigo y convidé á Videiriña.

— Bien, ya lo sé; me lo dijo mi prima María, que paró un poco en la Torre. Está en la *Feitosa*, con doña Ana.

Durante un momento habló de la intimidad de la prima María en la *Feitosa*, con la tentación de desahogar allí en la carretera la inesperada novela que comenzaba. Pero no se atrevió. Era un angustioso arrepentimiento, como la vergüenza de cubicar todos los restos del pobre Lucena: el distrito y la viuda.

Entonces, conversando de Alemtejo y del hermano Juan, que le contó muchas antiguallas sobre la genealogía de los Ramires, bajaron de la Portella á la Torre con intención de prolongar el paseo hasta los Bravaes. Mas, en la Torre, Gonzalo deseó avisar á Rosa de los dos huéspedes inesperados, señores de tan poderoso apetito. Entraron por la puerta del pomar, donde un hilo lento de agua, cuchicheaba su canción. A los gritos del hidalgo, Rosa acudió limpiándose las manos en el delantal. El qué, ¿dos convidados?:

hasta cuatro; que, gracias á Dios nuestro Señor, comida sobraba. Todavía, por la tarde, había comprado á una mujer de la costa un cesto de sardinas, grandes y gordas, que daba gusto.

Titó reclamó en seguida una fritada de sardinas y huevos, y los dos amigos atravesaban el patio cuando Gonzalo reparó en Benito, que repantigado en un banco, limpiaba con entusiasmo un puño de plata labrada.

— ¿Qué es eso, Benito?

Benito enseñó un palo, obscuro y torcido, con tres aristas afiladas como las de un florete.

— Estaba en el sótano, y esta tarde anduve yo allí por causa de una nidada de gatos, y detrás de un baúl di con unas espuelas de plata y con este bastón.

Gonzalo estudió el macizo puño de plata y sacudió la fina vara en el aire.

— Espléndido, ¡ehl, *Titó*!; afilado como un cuchillo, y antiguo, muy antiguo, con mis armas. ¿De qué diablo estará hecho? ¿De ballena?

— De caballo marino; es un arma terrible; mata un hombre. El hermano Juan tiene uno, pero con puño de metal; mata á un hombre.

— Bien — terminó Gonzalo —; límpialo y ponlo en mi cuarto; pasa á ser mi bastón de guerra.

A la puerta del pomar encontraron al Pereira de la Riosa con la chaqueta al hombro. En breve, el día de San Miguel, Pereira tomaría la labranza de la Torre, y Gonzalo mostróle, bro-

meando, á *Titó*, el labrador famoso. He ahí al hombre, he ahí al grande hombre que se prepara á tornar la Torre en una maravilla. Pereira se rascaba la barba rala.

— Y también á enterrar buen dinero. En fin, un gusto siempre valió más que una peseta, y el hidalgo, como amo, merece tierra en que los ojos se regalen.

— Pereira — dijo *Titó* —, entonces no se olvide de cuidar los melones; es una vergüenza; nunca en la Torre se comió un buen melón.

— Pues para dentro de un año, así Dios nos conserve, ya comerá en la Torre un buen melón.

Gonzalo abrazó al labrador y marchó hacia la carretera, decidido á confidenciar con *Titó* en la soledad favorable del arbolado de los Bravaes. Mas apenas recomenzaron la caminata, el mismo miedo lo entorpeció, temiendo ahora las informaciones de *Titó*, hombre tan severo y de moral tan escarpada, y terminaron el paseo por los Bravaes sin que Gonzalo se desahogase. Frente al portón de la Torre, Videiriña esperaba afinando la bandurria en la penumbra de los álamos. Como la noche estaba calurosa, sin una brisa, comieron en el balcón con dos candeleros encendidos. Al desdoblar la servilleta, *Titó* declaró «que, gracias al Señor de la Salud, la sed era buena». Cuando Benito sirvió el café, una inmensa y lustrosa luna nueva surgía al fondo de la quinta oscura por detrás de los oteros de Valverde.

Gonzalo, enterrado en una butaca de mimbre, encendió el cigarro con beatitud. Todos los tedios é incertidumbres de aquellas semanas emigraban de su alma como ceniza apagada y suavemente barrida, y exclamó, sintiendo menos la dulzura de la noche que el sabor de la vida plácida:

— Pues, señores, esto es una delicia.

Videiriña, después de fumar un cigarro, comenzó á puntear la bandurria.

Titó y Gonzalo saboreaban el famoso cognac de moscatel, preciosa antigualla de la Torre, mirando silenciosamente á Videiriña. Nunca el buen trovador hirió las cuerdas con inspiración más enternecida. Hasta los campos, el cielo, la luna llena sobre las colinas, escuchaban las quejas del *fado* de Ariosa, y abajo el carraspeo de Rosa, los pasos de los criados, alguna sonrisa, el batir de las orejas de un perdiguero, eran como la presencia de un pueblo suavemente atraído por el canto hermoso.

Así se prolongó la noche, y la luna subió con solitario fulgor. *Titó* se adormeció, y, como siempre, para terminar, Videiriña atacó ardientemente el *Fado de los Ramires*:

Quién te verá sin asombro,
Torre de Santa Ireneia,
así tan negra y callada
en noche de luna llena.

Después comenzó una estancia nueva; había compuesto con amor durante la semana, sobre una erudita nota del Padre Sueiro. Era la gloria magnífica de Payo Ramires, á quien el Papa Inocencio, y la reina Blanca de Castilla, y todos los príncipes de la Cristiandad suplican que corra á libertar á San Luis, rey de Francia, cautivo en tierras de Egipto. . .

Que sólo en Payo Ramires
pone ahora el mundo esperanza
que junte á sus caballeros
y que salve al rey de Francia.

Por este abuelo, y por tal hazaña, hasta Gonzalo se interesó acompañando al canto:

¡Ayl, que junte á sus caballeros
y que salve al rey de Francia.

Al roncar más fuerte del coro, *Titó* abrió los ojos, y abandonando la butaca, declaró que marchaba para Villa-Clara.

— Estoy derrengado; de viaje y sin dormir desde ayer á las cuatro de la mañana. ¡Carambal, daba ahora, como aquel rey griego, un cruzado por un burro.

Entonces, Gonzalo, animado por el cognac, levantóse con una resolución casi alegre:

— *Titó*, antes de salir, ven acá dentro, que quiero hablar contigo de una cosa.

Agarrando uno de los candeleros penetró en

el comedor, donde erraba el olor de las magnolias, y allí, sin preparación, con los ojos fijos en *Titó*, que lo siguió perezosamente:

— *Titó*, óyeme y sé franco. Tú que ibas mucho á la *Feitosa*, ¿qué te parece doña Ana?

Titó, que se despertó como al reventar de un mortero, miró á Gonzalo con asombro:

— Pero, ¿á qué viene esa pregunta?

— Mira, yo para ti no tengo secretos. En estas últimas semanas hubo conversaciones y encuentros. En fin, para resumir: cuando pase algún tiempo pienso casarme con doña Ana; creo que no me rechazará. Tú ibas á la *Feitosa* y tú sabes qué tal es ella.

Titó cruzó los brazos violentamente:

— Pero, ¿vas á casarte con doña Ana?

— Hombre, no me voy esta noche á la iglesia. Por ahora quiero sólo informes; y ¿de quién los puedo tener más francos y más seguros que de ti, que eres mi amigo y la conoces?

Titó no descruzó los brazos, y levantando hacia el hidalgo de la Torre su faz honesta y severa:

— Pero, ¿tú piensas casarte con doña Ana; tú, Gonzalo Mendes Ramires?

— Mira, si me vienes con la hidalguía y con Payo Ramires. . .

— ¿Qué hidalguía? ¡Es que un hombre de bien como tú no puede pensar en casarse con una criatura como ella! Hidalguía, sí; pero hidalguía de alma y de corazón.

— Bien; entonces, si tú sabes otras cosas. . . Tú dices que no se puede uno casar con ella; por lo tanto, tú sabes otras cosas. Dilas.

Titó enmudeció entonces. Por fin, soplando con un esfuerzo enorme, exclamó:

— Tú no me llamaste para deponer como testigo. En principio, sin explicaciones, me preguntas si puedes casarte con esa mujer; y yo, sin explicaciones, en principio, declaro que no. ¿Qué diablo quieres más?

Gonzalo exclamó furioso:

— ¿Que qué quiero? ¡Por el amor de Dios, *Titó!* Suponte que estoy apasionado por doña Ana, ó que tengo un interés inmenso en casarme con ella; que ni estoy, ni tengo; pero supongo. En ese caso, no se desvía á un amigo de una cosa en que él está tan fundadamente empeñado, sin ofrecerle una razón, una prueba.

— Mira, Gonzalo, yo estoy muy atareado; tú no vas ahora á la iglesia, y ella menos. Mañana hablaremos.

Empujó la puerta de la galería, llamando á *Videiriña*:

— Ya es hora de marchar, *Videira*.

Videira, que preparaba un grog frío, vació la copa atropelladamente. Gonzalo no los detuvo, melancólico con aquella repulsa tan poco amistosa de *Titó*. Como sombras atravesaron una sala donde dormía, olvidado desde los *Ramires* del siglo XVIII, un reloj que dos amercillos sostenían.

En el descanso de la escalera, Gonzalo encendió una vela para alumbrarlos. *Titó* encendió en ella el cigarro. Su mano cabelluda temblaba.

— Entonces, ya lo sabes, Gonzalo, mañana vengo.

— Cuando quieras, *Titó*.

Y en el seco asentimiento del hidalgo había tanto despecho, que *Titó* quedó parado en el escalón.

Ya en la carretera, *Videiriña*, contemplando la luminosa serenidad del cielo:

— ¡Qué linda noche, señor doctor!

— Linda, *Videiriña*; y tocó usted hoy divinamente.

Gonzalo entró en la sala de retratos y posó la palmatoria, cuando el vozarrón de *Titó* retumbó:

— Gonzalo, baja.

El hidalgo bajó. Más allá de los álamos, en la carretera, *Videiriña* afinaba la bandurria, y apenas la faz del hidalgo surgió en la claridad de la puerta, *Titó*, que lo esperaba con el sombrero hacia la nuca, desahogó:

— Gonzalo, tú te molestaste y eso es una tontería. Entre nosotros no quiero sombras. Tú no puedes casarte con esa mujer, porque tuvo un amante. No sé si antes ó después de ese tuvo otro. Es una criatura hipócrita. Y ahora no me vengas con preguntas; pero estate seguro de que tuvo un amante. Soy yo quien te lo afirmo, y tú sabes que yo nunca miento.

Bruscamente marchó hacia la carretera con los poderosos hombros encogidos. Gonzalo ni se movió. Una palabra pasó irreparable en el silencio de la noche y de la luna, y el alto sueño que él construyó sobre doña Ana y su belleza y sus doscientos mil duros se despeñaba en el polvo. Lentamente subió y penetró en la sala. Por encima de la llama alta de la vela, en un cuadro fosco, había una cara seca, amarilenta, de altivos bigotes negros, que se inclinaba atenta, como mirando, y lejos Videiriña esparcía por los campos adormecidos los ingenuos versos celebrando la inmensa gloria de la casa ilustre:

Que sólo en Payo Ramires
pone ahora el mundo esperanza
que junte á sus caballeros
y que salve al rey de Francia.



X

PASEANDO por el cuarto hasta bien avanzada la noche, Gonzalo removi6 la amarga certeza de que en toda su vida (casi desde el colegio de San Fidel) habia cesado de padecer humillaciones, que nacian siempre de cosas tan sencillas, tan seguras para cualquier hombre como el viento para cualquier ave; sólo para él constantemente terminadas en dolor, vergüenza ó pérdida. En los comienzos de la vida escoge un confidente, un hermano que en seguida se apodera del corazón de Graciña, é injuriosamente la abandona. Después concibe el deseo, tan corriente, de penetrar en la política, é inmediatamente el acaso le fuerza á rendirse, á acogerse á la influencia de ese mismo hombre, ahora autoridad poderosa, tan detestado por él durante todos esos años de despecho. Después abre al amigo la puerta de los Cuñaes, confiando en la seriedad y en el orgullo de la hermana, y la hermana se abandona al antiguo seductor, sin lucha, la primera tarde que